



CAPÍTULO V

María templo divinísimo de la misericordia
del Señor.

I

Dios, al crear á la incomparable y celestial María, fabricaba un templo divinísimo en donde la santidad, la pureza y la hermosura de todas las virtudes, brillarían con la más admirable perfección. Fabricábase para gloria del Verbo divino, El que, al humillarse en el misterio de la Encarnación para cumplir la voluntad del Padre, tendría que ser exaltado sobre todas las cosas, y había de recibir el honor y la gloria que le corresponden.

El templo de Dios es santo, pues lo ha hecho para que en él tuviesen lugar los grandes misterios de su amor hacia los hombres; y tenía que ser mansión de gloria y de toda pureza; porque en él viviría el Hijo del Altísimo, que no entra en alma manchada ni en cuerpo sujeto á pecados.

Se entonarían continuamente en ese templo, las divinas alabanzas; y Dios recibiría una gloria infi-

nita; porque su Hijo Unigénito le diría estas palabras: No te han agradado los sacrificios, ni las ofrendas por el pecado; mas heme aquí que vengo, oh Dios mío, para cumplir tu voluntad (1).

La ofrenda que el Hijo de Dios hizo de Sí mismo al Eterno, fué de un valor infinito: le dió una gloria que jamás pudieran darle todas las criaturas. Y Jesucristo no solamente honraba la infinita grandeza de su Padre, sino también su justicia, tomando sobre Sí mismo todos los pecados de los hombres, y entregándose á la muerte en lugar de los culpables.

La bondad y la misericordia del Eterno, eran también glorificadas con los cánticos de amor, de bendición y gloria del corazón de Jesucristo; cánticos purísimos, y dignos de la majestad del Padre.

El templo divinísimo donde tendrían que realizarse tan grandes maravillas, y en el cual la gloria del Eterno brillaría con luz indeficiente y hermosísima, ¿dejaría de cautivar nuestras miradas? ¿no abriría nuestros labios para decir con Isaías: Venid, subamos al monte de Sión y á la casa del Dios de Jacob, y El nos mostrará sus caminos, y andaremos por sus sendas; porque de Sión salió la Ley, y de Jerusalén la palabra del Señor....? Venid y caminemos á la luz del Señor.—El monte en que tendría que erigirse la casa de Dios, asentaría sus cimientos sobre las cumbres de todos los montes, y se elevaría sobre todos los collados (2).

(1) Heb., X, 8, 9.

(2) 11, 2, 3; 5.

María, como templo de Dios, está á la vista de todas las naciones, y llama á todos los hombres á que sigan los caminos de la justicia, y la sublime enseñanza y el ejemplo de santas virtudes que Ella misma les da; enseñanza divina, y ejemplo admirable de la más elevada perfección.

En ese templo de Dios se enseña al mundo que de Sión salió la Ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. Del seno inmaculado de María salió el Legislador supremo, Jesucristo, que es la eterna palabra del Padre.

El templo de Dios está edificado sobre las cumbres de todos los montes; lo cual nos indica que son elevadísimas las virtudes de María, y que llegan sus méritos hasta el trono de Dios: *Usque ad solium Deitatis erexit*, según nos dijo San Gregorio (1).

¿Por qué nos llama á ese templo la Madre purísima de Dios? ¿Por qué se ocupa en enseñarnos los divinos misterios que tuvieron lugar en su seno inmaculado? ¿Por qué nos descubre los encantos de todas sus virtudes, y la elevación incomparable de sus méritos? Porque Ella es el templo divinísimo de la misericordia del Señor. Templo divinísimo: así se la nombra en la Bula Dogmática de la Concepción Inmaculada.

María nos llama con dulce y cariñosa voz, porque es el Refugio de los pecadores; y su compasivo y dulce corazón no puede ser indiferente á nuestros males; y nuestra tierna Madre no ignora

(1) In Libr. Reg.

que, al acercarnos á Ella, Dios nos verá con ojos de misericordia, y tendrá que concedernos el perdón. Y la que es el amparo en nuestros infortunios y alivio y consuelo en nuestras miserias, ¿podrá querer otra cosa, para los hijos que lleva en sus entrañas, que el perdón y la gracia del Señor? No es dable imaginar que aleje de nosotros sus miradas, la Madre piadosísima, que sin cesar nos llama al buen camino, y que nos inspira el acudir á Ella, llenos de humildad y de confianza; y para esto nos recuerda que nunca se ha oído, ni se oirá jamás, que los que han acudido á su santo patrocinio hayan quedado sin amparo.—Si somos los más desgraciados de los hombres, si hemos cometido crímenes horrendos, á pesar de todo no tenemos que cerrar nuestros oídos á los dulces llamamientos de María; porque sus ruegos todo lo consiguen del Señor; y el corazón de la sagrada Virgen siempre es de madre; y nuestros grandes pecados, aunque sean como ríos de impetuosa corriente, jamás extinguirán, ni podrán ahogar entre sus ondas, el amor de María.

Este amor dulcísimo de nuestra santa Madre, nos llena de esperanza y de consuelo, y no permite que una funesta desesperación venga á sellar nuestra ruina. Acércase á nosotros ese amor, lleno de dulzura, y nos dice estas palabras: *Est spes novissimis tuis*. Se cumplirán tus esperanzas (1). Aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, vuestras almas quedarán blancas

(1) Hierem., XXXI, 17.

como la nieve; y aunque estuviesen teñidas de encarnado como el bermejón, se volverán como la lana más blanca. Si quisierais escucharme, seréis alimentados con los bienes de la tierra (1). No hay, pues, lugar al triste desaliento; y aunque hayamos sido los mayores pecadores, María, llena de misericordia, una y otra vez nos dice al corazón: *Est spes novissimis tuas*. No perdáis la confianza en mi patrocinio; mis ruegos todo lo alcanzan de Dios. Escuchadme, seguid mis consejos, y yo os alcanzaré el perdón de vuestras culpas; y por mis manos recibiréis todos los bienes del Señor.

A pesar de nuestras culpas, en María reconocemos el Refugio de los pecadores y la tenemos por Madre; oigamos, pues, su voz dulcísima y llena de misericordia; y, rendidos á sus pies, entreguémosle todo el corazón; cumplamos lo que quiere de nosotros, y obtendremos por su medio la gracia del Señor.

Oír á la más tierna y amorosa de las madres, que tanto nos ama, y á quien tanto debemos, debe ser nuestro anhelo; y al hacerlo, gozaremos de inefable dicha. Su benignidad nos encadena; y no es posible comprender la grandeza y la constancia del amor que nos tiene. Tan ingratos, tan indignos, y tan grandes pecadores como somos, María, sin embargo, no nos abandona, ni deja de amarnos, ni cesa de rogar por nosotros; y sólo nos pide que escuchemos su voz, y sigamos sus consejos de salud y vida eterna.

(1) Is., I, 18, 19

La voz de María: Yo amo á los que me aman. Sus consejos: El temor de Dios aborrece el mal; yo detesto la arrogancia y la soberbia, todo proceder torcido y toda lengua dolosa... Bienaventurados los que siguen mis caminos. Oíd mis documentos, y sed sabios, y no queráis desecharlos (1).

La voz de la Madre dulcísima que el Señor nos ha dado, nos llega al oído y penetra el corazón y lo conmueve de amor y de ternura. Yo amo á los que me aman. Es María la que pide y solicita nuestro amor: ¿qué ha visto en nosotros que la haga llegar á tal extremo, de acercársenos y pedirnos, cual si fuera una gracia que le hacemos, nuestro corazón, cual si vivir no pudiera sin él? Es la Madre de Dios; y en el amor de su amantísimo Jesús tiene todas sus delicias. Jesús la ama; y fuera de su Hijo, de nadie necesita para ser feliz, y con una felicidad que rebosa de su seno y se comunica á sus hijos adoptivos que no corresponden á su cariño como lo exigen la amabilidad y la hermosura de tan santa Madre; hijos que, por otra parte, han contristado el corazón de la que así los ama; y que, llenos de miserias y pecados, son indignos aun de invocar el nombre de María.

Miserias y pecados. El tristísimo estado en que nos tiene la culpa, es lo que conmueve el corazón de María, siempre compasivo y lleno de misericordia.

Nuestras miserias y pecados estremecen de ternura las piadosísimas entrañas de la Madre que

(1) Prov. VIII.

llevó en su seno al Hijo de Dios, que vino al mundo para darnos vida. Y María, al poner en nosotros sus ojos de piedad y gracia, disimula nuestras culpas, á fin de conseguir, con su amabilidad incomparable, el inclinarnos á la penitencia. Si le decimos que somos indignos de llamarnos sus hijos, sólo nos contesta con señaladas pruebas de su maternal cariño. No son para nosotros sus amargas reprensiones; ni salen de sus labios palabras que nos desalienten, ó nos cubran de ignorancia. Semejante al padre del pródigo, María dice á sus fieles servidores: *Cito, proferte stolam primam et induite illum*. Traed pronto el mejor vestido que haya en casa, y ponédselo; ponedle también un anillo en el dedo, y sandalias en los pies. Traed un becerro de los mejores, y matadlo, y hagamos un banquete y comamos (1). Y nos inspira nuestra buena Madre el arrojarnos á los pies de los ministros del Señor para alcanzar el perdón de nuestras culpas. ¿Nuestra Madre, hemos dicho? Sí, porque á su vez dice María: Este hijo mío había muerto, y ha resucitado; se había perdido, y lo he hallado.

Es muy grande el consuelo, inmenso es el gozo de María, cuando ha logrado volvernos al Señor; porque Dios quiere nuestra salvación, y se logra en nosotros la sangre de Jesús, y quedan satisfechos los deseos de la divina Madre. ¿Por qué, pues, no acudiríamos á Ella en las más azarosas circunstancias de la vida, aun cuando estemos en la más profunda sima de las ignominias del pecado? Ten-

(1) Luc., XV, 22, 23.

gamos en cuenta que es nuestra Madre, y que al volvernos á Dios nuestro Señor, llenamos de alegría y consuelo el corazón de aquella Madre.

El templo de Salomón fué una hermosa figura del que en la nueva Ley fabricó para su gloria el Hijo de Dios. Para la fábrica del primero, se acumularon el oro y la plata, y se construyó con las maderas más exquisitas; en el segundo, empleó la gracia y sus más preciosos dones. En el primero, Dios escuchó benignamente la oración que Salomón le dirigió; en el segundo, María consigue del Señor cuanto le pide por nosotros.

Oigamos los ruegos que hizo al Eterno el rey Salomón en la solemne dedicación del antiguo templo: Atiende, oh Señor mío, á los ruegos de tu siervo y á sus súplicas; escucha el himno y la oración que el día de hoy te ofrece tu siervo; para que tus ojos estén abiertos noche y día sobre esta casa, de la que dijiste: Allí estará mi nombre. Te ruego que escuches la súplica de tu siervo, y todas las que tu pueblo te dirija en este lugar donde está tu trono, y, habiéndolas oído, le seas propicio. Si algún hombre pecare contra su prójimo... y viniere á tu casa y á tu altar, para prestar juramento, óyelo desde el cielo... Si tu pueblo huýere delante de sus enemigos, por los pecados que ha cometido contra Ti, y haciendo penitencia y glorificando tu nombre, viniere á rogarte y á implorar tu misericordia en esta casa; óyelo desde el cielo, y perdona su pecado. Si el cielo se cerrare, y no viniere la lluvia á causa de los pecados de los israelitas; si llorasen en este lugar, é hiciesen penitencia

para honrar tu nombre, y se convirtieren y apartasen de sus pecados; óyelos desde el cielo y dales el perdón, muéstrales un camino recto por el que deban andar, y envía la lluvia sobre tu tierra. Si sobre esta tierra viniese el hambre, ó la peste, ó la infección del aire; ó si el orugo, la langosta ó el pulgón, dañaren los trigos; ó tu pueblo se viese oprimido de un enemigo que llegare á sus puertas y le sitiare, ó fuere acometido de alguna plaga ó de otro mal, sea el que fuere; si algún hombre te ofreciese sus votos y ruegos, y reconociendo el mal de su corazón, levantare sus manos hacia Tí en esta casa; óyelo desde el lugar de tu habitación, y de nuevo sé propicio para con él. Tus ojos estén abiertos á la oración de tu siervo y de tu pueblo de Israel, para que los oigas en todo lo que te pidan.

Dios escuchó los ruegos de Salomón, y le dijo: He santificado esta casa que has edificado para que Yo estableciese en ella mi nombre, y siempre estuviesen en ella mi corazón y mis ojos (1).

Dios puso su santo nombre en el antiguo templo, levantó en él su regio trono, y de él no apartaba su corazón y sus ojos: escuchó las plegarias de Salomón. Pensemos ahora en el nuevo templo de Dios, donde el Unigénito del Padre se hizo hombre por nosotros. En este nuevo templo brillan, con una magnificencia incomparable, la virtud y la sabiduría de Dios, y su bondad divina, y sus misericordias que se derraman de ge-

(1) III Reg. VIII, 28 et seq.—IX, 3.

neración en generación sobre todos los que le temen.

Dios oye en este templo sagrado todas nuestras súplicas; porque ruega por nosotros la humildísima esclava del Señor, que es siempre agradable á los divinos ojos, á quien Dios escogió para su madre, y á quien nunca ha negado cosa alguna.

El Hijo de Dios, que lo es también de María, descansa en los brazos de esta dulce Madre. Este Hijo es nuestro abogado delante de Dios, á quien pide el perdón de nuestras culpas; y no solamente de las nuestras, sino también de las de todos los hombres. Y á los ruegos de Jesús une María sus propios ruegos; y á los ruegos del Hijo y de la Madre unimos nuestras pobres y humildes oraciones; y para hacerlo, pensamos que al hallarnos en el templo de Dios, en el corazón de nuestra santa Madre, no serán desatendidas; porque los méritos de Jesús son infinitos, y las plegarias de María todo lo consiguen.

Oh Madre bondadosa y llena de misericordia, ofreced á Dios nuestro Señor los méritos de Jesucristo vuestro Hijo; ofreced también los vuestros, y seguidnos la abundancia de los bienes celestiales. Confiamos en vuestra poderosa intercesión y no quedaremos confundidos.

II

Confiado en la muchedumbre de tus misericordias,—decía David al Señor,—entraré en tu casa, y penetrado de temor, te adoraré en tu santo tem-

plo (1). Entremos, los hijos de María, en su corazón dulcísimo; mas ¿por qué se nos dice que lo hagamos penetrados de temor? Porque ese corazón es la morada del Dios tres veces santo, en cuya presencia tiemblan las potestades del cielo. Porque la casa de Dios es santísima, y nosotros somos unos miserables pecadores que no merecemos la entrada en ese templo, cubierto siempre de la gloria del Eterno, delante del cual no pueden permanecer los injustos.

Ese Dios tan santo, y que es el Señor de la majestad y la grandeza, y terrible en sus juicios, no olvida por esto su misericordia; y á pesar de nuestras culpas, se digna recibirnos en el templo que ha elegido para la dispensación de sus bondades; y ese templo es el corazón inmaculado de María. Entremos en él, llenos de humildad y de un santo temor, mas al mismo tiempo llenos de filial confianza.

Entraré en la casa de Dios y adoraré su santo nombre. Adorar á Dios en su templo, es no sólo cumplir con un deber que nos impone la soberanía y la grandeza del Criador, y el dominio que tiene sobre sus criaturas, sino, además, es una dicha purísima y santa en que rebosa nuestro corazón.

Dependemos enteramente de Nuestro Señor, en el ser y en todas nuestras acciones; y cuanto hay en nosotros lo hemos recibido de su Majestad. Su voluntad santísima todo lo dirige con sabiduría in-

(1) Ps. V, 8.

finita, con fortaleza invencible, y con una dulzura llena de misericordia. ¿Por qué no conocer y bendecir la gloria del santísimo nombre de Dios; por qué no adorarle con todo el corazón, humillándonos y anonadándonos en su presencia?

Tributar el culto de que hablamos, á nuestro Dios querido, en su santo templo, en el corazón de nuestra dulce Madre, es para nosotros la más deliciosa y santa ocupación, que llena de dicha nuestro espíritu.

Adorando á Dios en ese templo, pedimos á María que nos penetre de sus santísimos afectos, y que ponga sus palabras de bondad y gracia en nuestros labios. Hacemos lo que hacen los niños pequeñitos, que, puestos de rodillas junto á su madre, recitan las oraciones que ésta les dicta; y esas oraciones se elevan á Dios como una sola oración, como la delicada fragancia de un solo incensario. En nuestro caso, ese incensario de oro purísimo es el corazón de nuestra dulce Madre; en él ponemos nuestros aromas, que elevarán su fragancia hasta el trono de Dios con los afectos santísimos del corazón de María.

La sacratísima Virgen adoraba á Dios en espíritu y en verdad; nosotros tenemos que imitar sus ejemplos, si deseamos agradarle como buenos hijos.

Debemos adorar á Dios por Sí mismo; porque así lo piden la excelencia de su ser divino, y su bondad infinita, y sus demás admirables perfecciones. Sentimos en nosotros mismos un impulso secreto amorosísimo, y que nos llena de delicias

y nos rinde á los pies de nuestro Dios querido, y nos hace ofrecerle el corazón con todos sus afectos, y pone en nuestros labios dulcísimos cantos de amor y bendición.

Aún hay otro motivo para adorar á Dios nuestro Señor, y ya lo hemos indicado: deben los hijos seguir el ejemplo de su madre; deben agradecerle en cuanto hicieren. Y habrá cosa alguna en que más agrademos á la que es nuestra Madre querida, que adorar á Dios, como Ella lo hizo, en espíritu y verdad? Añadamos, pues, al primero y soberano impulso de la gracia de que hemos hablado, este otro que de Dios recibimos, por su gran misericordia para con nosotros; y al pronunciar estas palabras: Yo amo al Señor por ser quien es, podemos añadir: y al hacerlo, colmo de delicias el corazón de mi querida Madre, y que, sin duda alguna, me verá con ojos de piedad y gracia, y rogará por mí á Dios nuestro Señor, y me tendrá bajo su amparo, como á hijo muy querido á quien nunca llegará á olvidar.

¿Queremos más dulces alegrías, consuelos más santos y delicias más puras? No es María la que ha de ser vencida por el deseo que tenemos de agradarle; lo pagará cumplidamente, y con una largueza que exceda á todo nuestro mérito, tan pequeño en sí mismo y lleno de defectos. Lograr una mirada de sus ojos de paloma, una sonrisa de sus purísimos labios, y un suspiro de amor y de ternura de su corazón de madre, son para nosotros estas cosas inagotables manantiales de inefable dicha, delicias del cielo. Pues amemos á Dios,

porque Ella le amó, como Ella lo hizo, y porque es la Madre á quien debemos imitar.

Adoró al Señor nuestra querida Virgen con la más humilde y rendida adoración que es posible á una criatura que se halla iluminada con los más vivos resplandores de la divina luz, y favorecida con las más excelentes y preciosas gracias que nadie como Ella ha conseguido.

Entrando en el corazón inmaculado de María, oiremos los dulcísimos cantos de su amor con que exalta, desde el abismo de su nada, la gloria del Altísimo. Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está transportado de alegría en Dios mi Salvador; porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; y desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones; porque el que es omnipotente ha hecho en mí cosas grandes, y su Nombre es santo; y su misericordia se derrama de generación en generación sobre aquellos que le temen (1).—El Sér de los seres que todo lo puede; y la santidad de su Nombre, y su infinita misericordia; y una humilde esclava que se aniquila delante del Eterno, y le bendice, y canta la gloria de su Dios querido. Tantas maravillas y grandezas, y las delicias que gozamos en el templo del Señor, el corazón de María, no nos dejan que salgamos de él; y tenemos que decir: Oh Señora, oh santa Madre, bueno es para nosotros pasar toda la vida en vuestro dulce y amoroso corazón, donde adoraremos al Señor en espíritu y verdad.

(1) Luc., 1, 46-50.

Al hallarnos en el templo sagrado de que vamos hablando, tenemos que ofrecer á Dios nuestros humildes sacrificios. María nos dice: Ofreced á Dios un sacrificio de justicia, y esperad en el Señor (1). Se nos pide un sacrificio de justicia: debemos consagrar á Dios todo nuestro sér, y sacrificar lo más caro que tenga el corazón, porque todo en nosotros ha de ser de Dios. La Virgen santísima nos ha dado el ejemplo: desde el primer instante de su preciosa existencia fué de Dios enteramente; y por cumplir la voluntad divina, se conformó con el sacrificio y la muerte de su Hijo inocentísimo. ¿Puede pedirsele otra cosa, ó ha reservado para sí alguna de las gracias que Dios le ha concedido? Todo lo ha puesto en manos del Eterno, y no hay pensamiento, ni deseo, ni afecto en nuestra amada Niña que á Dios no pertenezcan. Vivió en Dios, que era el único dueño de su corazón, vivió para Dios; mas vivió también para nosotros; para darnos el ejemplo de sus santísimas virtudes. ¿Por qué no seguir las luminosas huellas de María, que nos conducen al cielo? Que el amor que tenemos á la santa Madre, abraza, pues, nuestras almas en vivísimos deseos por imitarla. Sacrifiquemos todo nuestro sér á la gloria del Eterno, y no haya en nosotros pensamiento, ni deseo, ni algún afecto que á Dios no se dirijan. En verdad, que no tendremos valor para negarle alguna cosa, si ponemos nuestros ojos en María, que nos enseña de qué manera debemos sacrificarnos al Señor,

(1) Ps. IV, 6.

en todas las cosas, con la más noble y generosa voluntad, llenos de alegría, y con el único objeto de agradarle. De esta manera debemos imitar á nuestra santa Madre, y Dios recibirá con agrado los sacrificios que le ofrezcamos en su santo templo.

María bendijo á Dios por todas las gracias con que se había dignado enriquecerla. También nosotros hemos recibido del Eterno señalados y preciosos dones, que sin cesar nos piden bendición y gloria para Dios nuestro Señor, que tanto nos ha favorecido; y si queremos robustecer y dilatar esos nobles sentimientos, entremos de nuevo en el templo del Señor, y contemplemos muy de cerca, en el purísimo corazón de nuestra Madre, el reconocimiento y la santa gratitud con que pagaba á Dios sus beneficios. Veamos lo que eran á los ojos de la santa Niña, la benignidad y la misericordia del supremo Señor de todas las cosas; y lo que era Ella misma á sus propios ojos, y en seguida cantemos al Señor un himno de acción de gracias y de dulces alabanzas, con estas expresiones: Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se llena de alegría en Dios su Salvador; porque ha hecho en mí grandes cosas el que todo lo puede, Aquel cuyo nombre es santo, y que se ha dignado enriquecernos con la abundancia de sus dones.

El corazón de la sagrada Virgen eleva sin cesar hasta el trono del Señor, las más tiernas y amorosas peticiones: pide porque Dios sea conocido en todas partes; porque aumente á cada instante su divina gloria; pide por la eterna salud de todos los

hombres. Ama con todo el corazón al Sér de los seres, al que es la bondad infinita; y ama á los hombres con tierno y maternal cariño.

María ruega al Señor por nosotros; al tratar de imitarla, unamos nuestros ruegos á los suyos, recordando estas palabras: No os inquietéis por cosa alguna; mas en cualquier estado que os halléis, presentad á Dios vuestras peticiones, por medio de súplicas y oraciones, acompañadas de acción de gracias; y la paz de Dios, que sobrepuja á todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros espíritus en Jesucristo nuestro Señor (1).

Animados del espíritu de Jesucristo, y orando en el corazón de su divina Madre, serán atendidas nuestras peticiones; porque María nos enseña á rogar con humildad y fervor, con perseverancia, y con una confianza filial, que todo lo consigue de la divina bondad; porque no rogamos en nuestro propio nombre, sino en el nombre santo de Jesús; ni estamos solos, sino acompañados de María; estamos en su corazón y tenemos sus mismos sentimientos.

Del corazón de María se elevan sin cesar hasta el Señor, la acción de gracias, llena de amor y de ternura, por las admirables excelencias con que se ha dignado enaltecerla, por todos los dones y favores que ha recibido del Eterno. Por nuestra parte, también queremos bendecir á Dios nuestro Señor, y darle gracias por todas sus misericordias, y le decimos con el Rey profeta: Exaltaré tu glo-

(1) Philip., IV, 6, 7.

ria, oh Dios y Rey mío, y bendeciré tu nombre por todos los siglos. Te bendeciré todos los días, y por siempre alabaré tu nombre. El Señor es grande, y digno infinitamente de ser alabado: su grandeza no tiene límites..... El Señor es bueno para con todos; y sus misericordias se extienden sobre todas sus obras. Todas éstas te alaben; y tus santos te bendigan..... Mi boca publicará las alabanzas del Señor. Toda carne bendiga su santo nombre en el siglo presente y en los venideros (1). Te alabaré, oh Señor, con todo mi corazón, porque has oído mis palabras; y celebraré tu gloria en presencia de los ángeles. Te adoraré en tu santo templo, y publicaré las alabanzas de tu nombre por tu misericordia y tu verdad; porque has engrandecido sobre todas las cosas tu nombre divino..... Alábenle todos los reyes de la tierra, y canten los caminos del Señor; porque es grande la gloria del Señor, porque el Señor es excelso, y mira favorablemente á los humildes, y no ve sino de lejos á los soberbios..... Yo espero que me habéis de defender; espero en Vos, porque es eterna vuestra gran misericordia. No deseches las obras de tus manos (2).

Una cosa he pedido al Señor,—decía también David,—y seguiré pidiendo, y es el morar en su casa todos los días de mi vida, para contemplar sus delicias y admirar la hermosura de su templo. El Señor accederá á mis ruegos; así lo espero, pues

(1) Ps. CXLIV.

(2) Id. CXXXVII.

ya me ha ocultado en su santo tabernáculo, y me ha protegido en el día de la aflicción, poniéndome en lo más recóndito de su santuario..... Yo cantaré y entonaré nuevos himnos á la gloria del Señor. Escucha la voz con que he clamado á Ti, ten misericordia de tu siervo, y accede á mis plegarias. Contigo ha hablado mi corazón; en busca de Ti han andado mis ojos; yo siempre buscaré tu rostro (1).

Después de un instante volvemos nuestros ojos á María, y le decimos: Oh santa Madre, oh amor de nuestras almas, ¿nos admitís en vuestra casa? ¿no seréis Vos misma quien se digne llevarnos al templo del Señor é introducirnos en vuestro santo corazón? Todo lo haréis porque somos vuestros hijos, que lejos de Vos no quieren vivir ni un solo instante; porque Vos sois la más amorosa y compasiva de todas las madres. Cerrad las puertas del templo de Dios, y guardadnos para siempre en su sagrado recinto, para decir estas palabras divinas: *Hæc requies mea, hic habitabo quoniam elegi eam* (2).

Vuestro corazón es para siempre mi descanso; en él viviré para siempre, porque yo lo he escogido.

Vivamos en el corazón de nuestra Madre, como en el templo donde brilla la gloria del Eterno, y donde ostenta el Altísimo las riquezas de su bondad infinita, y sus misericordias para con los pecadores.

(1) Ps. XXVI, 4-8.

(2) Id. CXXXI, 14.

Si alguna vez esta Virgen dulcísima nos impidiese la entrada en su corazón, lo que nunca tendrá que suceder, acercándonos á Ella, le diríamos: Abreme, hermana mía, mi madre inmaculada y santa, ábreme, porque está llena de rocío mi cabeza y del relente de la noche mis cabellos (1). Roguémosle una y otra vez, y esta cariñosa hermana, esta madre tierna y compasiva cual ninguna, abrirá su seno para recibirnos; y con Ella viviremos para siempre.

(1) Cant. V, 2.





CAPÍTULO VI

El gran prodigio que apareció en el cielo.

I

APARECIÓ en el cielo un gran prodigio: una mujer vestida del sol, teniendo la luna á sus pies, y ceñida de estrellas la frente. Aparece en el cielo ese admirable prodigio para obligarnos á fijar en él nuestras miradas. Es la mujer más perfecta que podemos concebir; es purísima y santa, y es encantadora su belleza. Esto no es extraño; porque entre todas las criaturas es la más amada del Eterno, es la mujer de los grandes destinos; y tendría que intervenir en las portentosas obras del amor de Dios á los hombres.

Se presenta vestida de luz, porque es la madre de la luz increada, del Verbo de Dios, que es luz de luz, y que vino al mundo á disipar las tinieblas del error é iluminarlo con la purísima luz de la verdad.

Aquella mujer tiene la luna á sus pies, porque huella con su pie virginal todo lo terreno y transitorio; y está coronada de estrellas, porque es la

soberana Reina que tiene su trono á la diestra de su Hijo divino.

Aún no hemos pronunciado el dulcísimo nombre de esa admirable mujer. Lo pronuncia la aurora, y se disipan las tinieblas y se extiende por el mundo una hermosa y apacible claridad; lo pronuncian las flores, y exhalan la más delicada y celestial fragancia; los arroyos y las fuentes lo murmuran con dulce armonía; los mares lo repiten en sus majestuosas y sonoras ondas, y las aves la cantan alegres y gozosas.

El nombre de María llega á nuestro oído como un himno de gloria, de esperanza y consuelo, é inunda nuestras almas en celestial dulzura; y al pronunciarlo, lo recogen los ángeles de Dios, y lo presentan á su Reina para que vuelva á nosotros sus miradas.

El nombre de la Virgen es María. Así la llama el Evangelio. Precede á ese nombre tan amable la luz de la pureza, y lo acompañan la paz y la alegría. Es el iris que nos revela la bondad de Dios, y los encantos de su gran misericordia; y al pronunciarlo, la Madre del Eterno, la inmaculada y sacrosanta Virgen, extiende sobre nosotros su manto de sagrada protección y nos hace descansar en sus tiernos y amorosos brazos.

Somos hijos de María; y meditando en los misterios de virtud y gracia, de soberana y gloriosa majestad que están atesorados en su santo nombre, bendecimos y damos gracias á Dios nuestro Señor, que quiso enriquecerla con ese nombre en que revela su inmenso amor para con Ella.

Esa mujer admirable está vestida del sol. Oigamos sobre esto lo que dice San Bernardo: Consideramos en el sol el fuego que abrasa y la luz esplendorosa que disipa las tinieblas; en la luna sólo hallamos el esplendor de la luz, que aumenta ó disminuye, mas nunca permanece la misma. María disminuye el fuego del sol, porque ha penetrado en el abismo profundísimo de la sabiduría divina. Ahora bien: el fuego abrasó los labios de un profeta, y los serafines se encienden en las llamas del amor divino; respecto de María tenemos que ese fuego no solamente la ha tocado, sino además la ha cubierto y la ha rodeado enteramente, la ha penetrado, y la tiene encerrada en sí mismo. El vestido de María es más blanco que la nieve; pero al mismo tiempo es ardentísimo, y su espléndida y hermosa claridad es tan excelente y perfecta, que en Ella no pueden sospecharse ni las tinieblas, ni la más ligera obscuridad, ni alguna cosa menos brillante ó que no arda con el fuego vivísimo de la caridad de Dios (1).

Oigamos también al seráfico Doctor: «Dios no puede hacer otra madre mejor que la que hizo; puede hacer un mundo más grande y otros cielos más hermosos; mas no una madre mayor que su propia Madre» (2).

Tan sublime grandeza, y una santidad tan gloriosa y perfecta, no impiden sin embargo, que María sea toda para todos, y que á todos abra el

(1) Serm. in apocalip.

(2) In specul. B. Virg., cap. 8.

seno de su gran misericordia, para que todos reciban de su plenitud: el cautivo la redención, el enfermo la salud, el triste el consuelo, el pecador el perdón, el justo la gracia, el ángel la alegría, y la persona del Hijo nuestra carne (1).

La Madre de la luz increada, vestida del sol, derrama sobre el mundo torrentes de divina claridad; y nuestros ojos no podrían contemplarla ni un instante, si María no pusiese entre Ella y nosotros el transparente y delicado velo de su piedad maternal, de su misericordia para con los pecadores; mas lo hemos oído, se ha hecho toda para todos, al ciego da la luz y fortalece al débil. Contemplémosla, pues, sin parpadear, un instante: ¡oh cuán hermosa es, y cuán apacible su mirar de castísima paloma! sus labios se entreabren y nos dirigen palabras de cariño: Yo te amo, dice á cada uno de sus hijos; y esas palabras son dardos penetrantes que nos llegan hasta el fondo del alma, y es preciso contestarlas, porque la amamos, y el fuego de su santa caridad abrasa todo nuestro sér. Es hermosísima, es santa y amable; y después de Jesús, no hay quien como Ella nos ame.—Los santos la han llamado robadora de los corazones; y ésta es la verdad, porque María nos arrebató del amor al mundo, nos hace despreciar todos los afectos de la tierra, y nos atrae con sus purísimos encantos, y nos liga con las cadenas de su santo amor.

Los santos la han llamado su vida, su alma, su

(1) S. Bernar.

corazón, las delicias de su amor, y, después de Dios, su única esperanza y toda su dicha.

También nosotros le damos estos nombres; somos muy indignos de dárselos, es verdad; mas Ella es tan buena, es tan benigna y misericordiosa, es tan indulgente, que no tememos ser rechazados de sus pies al hacerlo; y nuestra tierna y compasiva Madre oír á agrado las alabanzas que le dirigimos. Es todo nuestro encanto, bien lo sabe; es el más agradable de todos nuestros recuerdos; pensar en Ella es nuestro consuelo. ¿Qué puede decirnos nuestro pensamiento sino que María es hermosísima y amable, que es un océano de piedad y de misericordia, y Madre benignísima y llena de clemencia para con sus hijos? Y nuestros recuerdos nos dirán que esa es la verdad, y que la Madre de Dios ha dado testimonio de lo que decimos con los beneficios que se ha dignado dispensarnos; y éstos pasarán delante de nosotros llenando de dulzura nuestro espíritu y renovando nuestra gratitud para con Ella.

Los santos pensaban en Ella sin descanso: ¿oh quién pudiera imitarlos! Para conseguirlo, hagamos lo que ellos hacían, levantar los ojos á Dios y decirle: Oh Señor, envíala de tus santos cielos y del trono de tu grandeza, para que esté conmigo, y conmigo trabaje, á fin de saber lo que es de tu agrado; porque Ella tiene la ciencia y la inteligencia de todas las cosas, y me guiará con acierto en mis empresas; y así mis acciones te serán agradables.

Pensar siempre en María, que es el encanto de

todo nuestro amor y el aliento que anima nuestra vida, y la delicada y celestial fragancia de piedad y gracia que Dios derrama en nuestras sendas, y la luz que disipa las tinieblas, y la fortaleza que nos sostiene y vigoriza, es todo esto un testimonio irrecusable del amor que Dios nos tiene, y de la filial confianza que quiere que tengamos en su santa Madre.

Somos pecadores; mas no hemos perdido la esperanza de volver á Dios por medio de María, que á todos abre el seno de su gran bondad; y esa esperanza nos anima á darle los nombres de madre, de hermana, de Virgen de nuestros amores, de Niña preciosa en quien ponemos los ojos con tierno y delicado afecto, y á quien pedimos que tenga compasión de nosotros, y le rogamos que jamás se olvide que es el Refugio de los pecadores; y ya que está vestida del sol, que nos ilumine con la luz de su enseñanza y nos abraze en el fuego de su santa caridad.

La mujer admirable de que nos habla San Juan, apareció en el cielo; y ¿por qué no desciende á la tierra? porque quiere que nosotros la llamemos, que le hagamos una dulce violencia. El Esposo de los Cantares, después de haber admirado la belleza de su Esposa, lleno de amor, y como fuera de sí mismo, exclamaba: Ven, desciende del Líbano, esposa mía, ven del Líbano; ven y serás coronada; ven de la cima del monte Amana, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de esos lugares guardada de leones, de esos montes morada de leopardos. Tú heriste mi corazón, oh hermana mía,

esposa muy querida, heriste mi corazón con una de tus miradas, con una trenza de tu hermoso cuello (1). Por nuestra parte digamos también á nuestra amadísima Señora: Desciende del Libano, baja de los cielos, oh Tú la muy amada de nuestro corazón, nuestra esperanza de salud y vida; descendiendo, porque tus hijos, tus hermanos suspiran de amor por su tierna madre, por su cariñosa hermana; descendiendo y serás coronada. Eres el Refugio de los pecadores; por tus ruegos se convertirán á Dios y serán tu corona, bien digna por cierto de una Madre de misericordia.

El amor puso en los labios del Esposo las palabras que hemos citado; el amor lo hizo llamarla con tan ardientes y dulces palabras. Abra también el amor nuestros labios, y sea él quien le dirija á María sus afectos, y quien le diga: Desciende del cielo, oh mujer admirable, purísima Virgen, encantadora y sacrosanta Niña; ven á socorrernos y á reinar en medio de nosotros, porque somos tuyos y te amamos con todo el corazón.

II

María tiene la luna á sus pies y ceñida de estrellas su frente.

Es nuestra amadísima Virgen mil y mil veces más bella que la luna, porque ésta llega á eclipsarse, y en la Virgen sagrada no pasa lo mismo; es invariable el brillo de su luz; y esa luz es hermo-

(1) IV, 8, 9.

sísima y perfecta, y nunca se vió en Ella la más ligera mancha. En María, *nec tepidum aliquid, aut non ferventissimum licet suspicari*, nos dijo Bernardo. Es María la Madre de la luz increada y espejo sin mancilla de la majestad de Dios; ni este espejo se empaña, ni aquella luz disminuye su esplendoroso y vivo resplandor.

Tomemos otro punto de vista: la luna simboliza á la santa Iglesia, que se halla bajo el amparo de María.—La Madre de Dios ha consolado á la Iglesia en todas sus aflicciones, la ha sostenido en sus combates y la ha coronado en sus triunfos. Desde los primeros siglos de la Iglesia, por una parte vemos que la Esposa del Cordero ha recurrido á María, con filial confianza que jamás ha quedado burlada, y por la otra la solicitud y los cuidados de la sacratísima Virgen, sus fervientes ruegos en favor de la Iglesia, y, en una palabra, su amor de tierna y compasiva madre; y lo que ha hecho hasta ahora, lo hará hasta el fin de los siglos; para que así no fuese, sería necesario cambiarle el corazón; mas Ella es madre, y el corazón de una madre siempre es el mismo, ama sin interrupción, y su vida es el amor.

Conociendo la Iglesia cuánto debe á María, la ha honrado con un culto singular, y la ha hecho el objeto de todos sus amores. Eleva en honor de la divina Madre magníficos santuarios; predica en todas partes sus grandezas; inculca su santa devoción; abre los tesoros de que es depositaria, en favor de aquellos que honran á María; piensa en Ella sin descanso; le dice mil ternuras, y canta

sus divinas glorias en himnos armoniosos.—Si alguno se atreve á ofender á la que es el objeto preferido del amor de la Iglesia, ésta fulmina sus terribles anatemas contra aquel desgraciado, y no hay quien la pueda detener. Allí están para probarlo Arrio, Nestorio, Lutero y muchos otros que han querido empañar las purísimas glorias de María.

¡Admirable conducta de la Iglesia! No ignora que quien ofende á la inmaculada y sacrosanta Virgen, también ofende á su divino Hijo; y quien la honra y glorifica, lo hace también con Jesucristo; porque María no es de sí misma, sino de Dios, con quien se halla tan estrechamente unida como el astro con el rayo de luz que ilumina el mundo, como lo está la tierna y delicada flor con la fragancia que exhala, como el árbol con el fruto que ha producido; y Jesús es el purísimo fruto del vientre de María, es la celestial fragancia que salió del corazón de la divina Madre, y el rayo de luz de la hermosa estrella de los mares.—No es extraño, por lo que decimos, que al ser injuriados el Hijo de Dios ó su Madre divina, la Iglesia indignada y llena de celo se lance al combate para defender al que es su esposo divino, á la que es su gran protectora, su amor y esperanza. Recuerda entonces la Iglesia, y repite estas palabras de Elías: *Zelo zelata sum pro Domino Deo exercituum*. Ardo de celo por tí, oh Señor Dios de los ejércitos; eres ofendido, y también lo es tu santa Madre. Y la Iglesia no queda satisfecha, y por esto llora cuando Jesús ó María son ofendidos; y quiere ahogar esas ofen-

sas, en su amor, en sus bendiciones y alabanzas; porque esos seres le son muy queridos; y la indiferencia de la Iglesia en las circunstancias de que hablamos, no podría explicarse.

Pongamos de nuevo los ojos en la mujer admirable que vió San Juan coronada de estrellas. Estas estrellas simbolizan las principales gracias de María con que Dios nuestro Señor se dignó coronarla. Escogió el Padre celestial, si así podemos decirlo, entre todas las riquezas que atesora en su seno, las más espléndidas y de mayor valía; y éstas fueron la preciosa herencia que señaló á la muy amada de su corazón.

En el seno de Dios eternamente vive su divino Verbo; será el hijo de María.—El que es entre el Padre y el Hijo el lazo sagrado de amor, será el esposo de la más santa de todas las vírgenes; y el divino Padre la tomará por su hija predilecta.

Contemplemos un instante á esta singularísima criatura en el esplendor de su gloria, en su admirable y celestial grandeza. ¿Puede una criatura ser sublimada á tanta elevación, y ser enriquecida con dones tan preciosos? Dios todo lo puede, y su divino amor realiza maravillas que al hombre no es dado comprender. Dios todo lo puede, y cuando exalta la magnificencia de su gloria y la virtud de su brazo omnipotente, nuestro corazón le adora, y se abren nuestros labios para bendecirle por su infinita grandeza; y el poder, y la sabiduría y el amor de nuestro Dios querido, que brillan con una luz tan bella en la purísima frente de María, nos suspenden en dulce admiración; y sólo podemos

decir que Dios sea su propia alabanza, y que El mismo glorifique la magnificencia de sus dones.

Las prerrogativas de la Virgen santísima, simbolizadas en las estrellas que adornan su frente son éstas: el brillo singular de su generación, la salutación del ángel, la venida del Espíritu Santo que llenó el corazón inmaculado de su Esposa, la Encarnación del Hijo de Dios, la pureza de su santa Madre que es la primera entre todas las vírgenes, su divina fecundidad, el haber llevado en sus entrañas al Hijo del Eterno sin la menor molestia, su divino alumbramiento sin dolor, su santa mansedumbre, su admirable humildad, la perfección y la grandeza de su fe, y el martirio de su corazón (1).

Fué María la hija de cien reyes, descendiente de David. Fué, además, prefigurada por los Patriarcas, prometida por los Profetas, y fué el asunto de todos los siglos: *Negotium omnium saeculorum*.—Las grandes matronas del pueblo de Dios fueron también figuras de María. Rebeca fué escogida para madre de Isaac, cuyo sacrificio anunciaba el del Hijo de María.—Fué nuestra querida Reina más amada de Dios, que Raquel de su amante Jacob; porque Dios, por el amor de María, bajó de los cielos y se encerró voluntariamente en el seno de su Madre amadísima, la preferida de su amor entre todas las criaturas.—La fortaleza de Judit no puede igualarse á la de la Reina de los Mártires, que ofreció la vida de su Hijo en el

(1) S. Ber., in signum magnum.

Calvario.—Ester, la de róseo y amable semblante, no tuvo tantos atractivos á los ojos de Asuero, como tiene á los de Dios la inmaculada y sacrosanta Virgen, que siempre obtiene de su Majestad cuanto le pide.—Abigail no fué tan prudente como la Madre de Dios al detener los rayos de la divina justicia contra los pobres pecadores.—En fin, las grandes mujeres del antiguo pueblo de Dios, bellísimas, amables, esforzadas y prudentes, no fueron sino débiles figuras, emblemas imperfectos, de aquella que reunía en sí misma toda hermosura y grandeza, las más preciosas gracias, y la más elevada perfección á que puede llegar una criatura á quien Dios eligiera para madre, que con tal dignidad recibía un tesoro casi infinito de gracias, cual corona de gloria sobre la frente inmaculada de la que es la Reina del cielo y de la tierra.

Un ángel anuncia á la Virgen santísima la Encarnación del Hijo de Dios; mas ¡con cuánta reverencia lo hace, y con qué expresiones tan llenas de amor y de dulzura! Y al consentir María en lo que el Ángel le anunciaba, el Espíritu Santo descendió sobre Ella, y encarnó en sus purísimas entrañas el Hijo de Dios.

Tales son las más preciosas joyas engastadas en la riquísima corona de María: Esposa inmaculada del Espíritu Santo y Madre verdadera del Hijo de Dios; mas no son las únicas que recibió del Eterno esta singular y dichosísima criatura: será la primera de todas las vírgenes; y será también madre fecunda y siempre virgen; y llevará en sus entra-

ñas al Dios que sostiene al universo; y será María la regia y celestial carroza del Monarca supremo del cielo y de la tierra; y le dará á luz entre divinas alegrías; y María, siempre púdica y humilde, admirable en su fe y pacientísima en todos sus dolores, pondrá ante el trono de Dios la corona con que el Padre celestial ciñó la frente de esta su hija preferida y amadísima entre todas las criaturas.

Detengamos todavía un instante nuestro corazón, en ese admirable prodigio que contempló en el cielo el discípulo amado.

María, vestida de luz, hollando la luna, y coronada de brillantes estrellas... es nuestra tierna y cariñosa hermana, y es también la madre que el Señor nos dió. Esta preciosa y sacrosanta Niña no tendrá que avergonzarse por ser nuestra hermana; y aquella madre jamás olvidará á sus hijos. El corazón inmaculado de María siempre es humilde, y nunca se extingue el fuego de su amor. Ese corazón está dividido entre la humildad y el amor. Así lo decimos; mas no, no hay tal división: todo es humildad, todo él es amor; la humildad hace que la Reina del cielo y de la tierra vuelva á nosotros sus miradas; y el amor la obliga á comunicarnos todos sus tesoros.

No está en el cielo nuestra hermana, nuestra dulce madre, para olvidarse de nosotros, sino para alcanzarnos la abundancia de las divinas gracias; y á fin de descubrirnos que si ha llegado á tanta grandeza, porque es la preferida del Eterno, tuvo, sin embargo, que caminar por las sendas de la santa humildad y del amor de Dios.

Desciende del Líbano, hablamos dicho á nuestra muy querida Madre; es Ella quien ahora nos dice: Venid á mí los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos (1). Llega á nuestro oído, dulcísima y conmovedora, la voz de María. Es nuestra hermana, es nuestra madre, y por Ella suspira el corazón; mas ¡ay, que la distancia que media entre María y nosotros es casi infinita! ¿Quién subirá al monte del Señor, ó podrá permanecer en su Santuario? El inocente en sus acciones y el limpio de corazón; el que no en vano ha recibido su alma, ni ha jurado con engaño en contra su prójimo (2). ¡Ay de nosotros! decimos otra vez: á la distancia tenemos que añadir el gran impedimento que ponen nuestras culpas al querer acercarnos á María; mas, á pesar de todo, no dejemos que el desaliento se apodere de nosotros: es María la Reina del cielo y de la tierra, todo lo alcanza de su Hijo benditísimo, y es nuestra tierna y compasiva Madre. Que recuerde su santa humildad, que la inclina hacia nosotros, y el amor que nos tiene; y niéguese después á rogar por sus hijos; jamás lo hará.

Oh tierna hermana, oh madre amorosísima, que estáis allá en el cielo sobre un trono de gloria, á la diestra del Hijo de Dios, no os olvidéis de nosotros; tened presente que sois el Refugio de los pecadores. Conocéis los peligros en que nos hallamos, y no se os ocultan nuestros infortunios.

(1) Eccli., XXIV, 26.

(2) Ps. XXIII, 3, 4.

¿Tendremos que contaros uno á uno todos nuestros males para inspiraros compasión, y alcanzar por vuestro medio las misericordias del Eterno? Vos, mejor que vuestros hijos, conocéis esos males; y el amor que nos tenéis aboga por nosotros: él es quien pide, y quien hace una dulce violencia á vuestro corazón; el amor que nos tenéis ruega por nosotros, y Vos jamás desecharéis sus ruegos. —Nos amáis, bien lo sabemos, y por nosotros habéis consentido en el sacrificio y en la muerte de Jesús, vuestro Hijo primogénito. Después de esta prueba de amor, ¿llegaríais á olvidar á vuestros hijos; ó vuestras plegarias dejarían de subir, siquiera un instante, hasta el trono de Dios? Sois nuestra abogada y el universal Refugio de los pecadores; ponemos en Vos nuestra confianza; no nos dejéis confundidos.



CAPÍTULO VII

La nube de gracia y de salud.

I

EL Señor caminará sobre una nube ligera, y entrará en el Egipto, y se conmovieron en su presencia los ídolos de Egipto, y el corazón del Egipto se consumirá en sí mismo (1). ¿A quién simboliza esa nube ligera en la cual camina el Señor, y entra en el Egipto para castigarlo? nube que siempre estuvo en la luz y nunca en las tinieblas, y á la que, por otra parte, se compara la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulación (2). A la purísima Virgen María, que, si acompaña á Dios cuando castiga, es para implorar su clemencia y perdón en favor de los pecadores.

María tiene su morada en los altísimos cielos, y su trono se asienta sobre una columna de nubes; hizo nacer en los cielos la luz indeficiente, y cual

(1) Is., XIV, 1.

(2) Eccli., XXV, 26.